

de dorados peces; provistos de salas de baño, con bañeras de mármol, y de pajareras llenas de loros y canarios. En tales habitaciones vivía la sociedad patricia vestida con los trajes elegantes y ricos de la época. Durante todo un siglo predominó la moda borgoñona-española cuyas formas por demás estrechas rayaban á veces en ambos sexos en la exageracion. Las modas de las damas cambiaban naturalmente con frecuencia; sin embargo, debe decirse en honor de las mujeres alemanas de la época de la Reforma, que sus trajes eran mucho más honestos y decentes que los de sus predecesoras del siglo xv. Pero no dejaban de ser de feo efecto las gorgueras, que en ambos sexos adquirían en ocasiones el tamaño de una rueda, en cuyo centro sobresalía la cabeza, como si se hallara colocada en un plato; de manera que el individuo carecía de la libertad de movimientos. En general en el corte y en los géneros del traje masculino y femenino notábase cierta rigidez, algo que sujetaba á severas formas la acción y el gesto, efecto sin duda de la preponderancia que alcanzó la rigurosa etiqueta española en las costumbres de las clases elevadas.

Mucha importancia se daba también á los placeres de la mesa y en una casa patricia la despensa y la bodega estaban abundantemente provistas de toda clase de manjares y bebidas. Por lo que respecta á estas últimas se bebían al par que los vinos del Rhin, del Necker y del Mosela, los húngaros, españoles y griegos. Poseemos un libro de cocina publicado en 1587 por el cocinero y gastrónomo Max Rumpolt, por el que sabemos que en aquellos tiempos se ponían en la mesa 63 clases de sopa, 127 platos de pescado, 70 de empanadas de carne, 225 de legumbres, 46 de fiambres y 50 de ensaladas; además leemos en él que con la carne de buey se hacían 83 clases de guisados, asados y fritos; con la de ternera 59; con la de carnero 45; con la de cerdo 43, y con la de ciervo 37. Muy generalizada se hallaba la costumbre de poner especias en el alimento, lo que fácilmente explica que no solamente los señores sino también las damas apuraran sendos tragos. El uso ya generalizado entonces de las cucharas y de las servilletas, y la sustitución del tenedor de cinco puntas, por el de dos y tres puntas, señalan cierto progreso en la cultura. En la mesa de las clases elevadas el tenedor se usaba á fines del siglo xvi, pero trascurrió todo un siglo ántes que los labradores lo aceptaran.

Las diversiones y fiestas solemnes de las ciudades en la Edad media fueron en aumento en la época de la Reforma. La gente gustaba de los pasatiempos de toda clase; y en las ciudades se sucedían los espectáculos de los titiriteros, las comedias, las cacerías, las carreras de caballos, el tiro al blanco, y los paseos en trineo, así como los disfraces. En estas ocasiones el carácter varonil de nuestros antecesores, muy afectos á los placeres de la vida, se manifestaba con frecuencia de un modo tan grosero, que las ideas exageradamente cultas, ó un tanto hipócritas de nuestra época hallarían, en ello justa ocasión de acerba crítica. Es innegable sin embargo que nuestros buenos antepasados cometían á veces grandes excesos, sobre todo en la mesa y en los bailes; y así nos lo prueban los dos párrocos Mateo Friederich de Schonberg y Florian Daul de Schnellewalde en los libros que respectivamente publicaron, el primero en 1557 con el título de «El Diablo de la borrachera» y el segundo en 1567 con el de «El Diablo del baile», destinados ambos á combatir la obscenidad y la crápula en estas diversiones. Friederich procedió de un modo irónico y mordaz; Daul tronando con violencia contra esos vicios; pero los dos pintan de modo harto gráfico los abusos que combaten. En «El Diablo del baile» se elogian primero

las «danzas honestas, decentes y pulcras, en las que las parejas avanzan con modestia, gracia y cortesía una tras otra, sin girar, sin agitarse ni saltar, y sin empujarse;» y se combaten después «las danzas nocturnas, libres y deshonestas,» en las que las parejas se mueven y agitan sin orden, á la manera de vacas furiosas, girando y empujándose del modo más brutal. Teniendo en consideración que estas «diabólicas danzas» se usaban entre los protestantes, nos ofrecen otra prueba de la «profunda moralidad» de nuestros antepasados, tal como la ensalzaba el luteranismo. Verdad es que una moral y una vida más noble no prevalecieron en nuestro país durante la época de bronce de la ortodoxia católica y protestante, sino en tiempos posteriores.

En la primera mitad del siglo xvii los ciudadanos alemanes cayeron en una miseria parecida á la de los labradores. El furor guerrero de los Treinta años causó también crueles estragos en las ciudades: la ciudad de Augsburgo, entre otras, perdió en la guerra casi 60,000 de sus habitantes. Y las contribuciones de guerra y los saqueos destruían á la par la riqueza de las ciudades, y con ella los goces de la vida. Los oficios estaban desatendidos por efecto de las desgracias, el comercio estaba paralizado, las artes se extinguían. Sólo á contar de 1650 los ciudadanos alemanes profundamente aniquilados pudieron paulatinamente rehacerse y reanudar sus trabajos.

Durante la guerra de los Treinta años era cosa excepcional que un hombre de la clase media dejara herencia, como á fines del año 1631 lo hizo Juan Zisenisen, doctor en ambos derechos, en Hanover, el cual, según documentos hipotecarios, dejó la cantidad de 5,000 thalers imperiales, unos 50 thalers en metálico y muchos aderezos, joyas, anillos, collares y copas de oro y de plata. Legó además una coraza, con peto y gorguera, y un casco, un arcabuz, un mosquete y una espada con empuñadura plateada. En libros: un ejemplar de Horacio y otro de Hesiodo, algunas obras en lengua francesa, otras de jurisprudencia, un legajo de toda clase de disquisiciones, un libro en pergamino, una *Synopsis juris civilis*, un librito en lengua italiana, *Cristo el buen pastor* y varios sermones de honras fúnebres. Sesenta y ocho años más tarde el secretario municipal de Hanover, Daniel Mader, hacía ya mención en su herencia, de una biblioteca relativamente numerosa, de 300 volúmenes, entre los cuales se encontraban los clásicos griegos y latinos, algunas gramáticas y diccionarios de las lenguas modernas y también las obras de jurisprudencia, filosofía y bellas letras de la época.

Si de los círculos ciudadanos pasamos á los de los nobles, veremos que en el trascurso del siglo xvi, el castillo feudal se iba transformando en el palacio de los modernos señores, bien fuese porque los castillos de nada servían ya contra la artillería, ó porque sus propietarios los abandonaban del todo por encontrar más cómoda la vida en puntos mejor situados de la llanura, en donde alzaban otro género de edificios que aún conservaban mucho de los castillos feudales en su exterior é interior, pero que poco á poco adoptaban la arquitectura del Renacimiento y más tarde la del estilo barroco y florido. Estos castillos presentaban una variedad infinita de formas, dimensiones y esplendor con relación á los gustos, á la fortuna y al régimen de sus moradores. Existía una línea divisoria entre la aristocracia de la corte y la nobleza campesina, y tanto en una como en otra la mayor ó menor fortuna, los diferentes grados de instrucción y las varias confesiones contribuían á esta separación. Las memorias del caballero Juan de Schwei-

nichen, de confesion luterana y natural de Silesia, cuyas páginas abarcan el período comprendido desde 1552 á 1602, nos demuestran la sencillez campesina por no decir indigencia en que se criaban los hijos y las hijas de un noble de provincia de escasa fortuna. El jóven hidalgo Juan tuvo que guardar primero los gansos, instruyóle muy escasamente el escribano del pueblo y despues fué á la escuela de Goldberg, donde aprendió el latin; ayudó en su edad adulta á su padre en los trabajos de la trilla, en cuidar los caballos y en llevar los sacos al molino; se colocó despues en la corte del duque de Leignitz donde adquirió gran fama como borracho y más tarde acompañó á un pobre diablo, un duque arruinado, en sus viajes por el imperio, viajes que Juan ha descrito con singular gracejo.

De muy diferente modo vivia su contemporáneo el rico baron Gaspar de Furstenberg, perteneciente al catolicismo, el cual murió siendo gobernador de Westfalia y cuyas memorias abrazan el intervalo de 1572 á 1615. Este noble fué educado en la casa paterna por un excelente ayo, y cursó despues en la Universidad de Colonia: era hombre versado en los autores latinos, cuyos pasajes más notables citaba con asombrosa facilidad. La belleza de su segunda esposa, mujer de sangre plebeya, recordó á este amante de los clásicos la Corina de Ovidio. Reunia las cualidades del hidalgo provinciano, cuidadoso vigilante de la administracion de sus propiedades, y las del noble cortesano, pues á fuer de celoso católico representó varias veces un importante papel, en aquella época agitada, en los asuntos del Electorado de Colonia, desempeñando cargos en la administracion y en la diplomacia. Estos cometidos diplomáticos eran á veces de una naturaleza muy excepcional. Así por ejemplo, el 13 de junio de 1589 escribia en su diario: «He recibido entre otros encargos el de lograr que el cabildo de la catedral ántes de la próxima Dieta, mejore de costumbres.....» En 1591 prometió la mano de su hija Goda á Bernardo de Heiden, y redactó sobre el particular la siguiente nota: «Al anunciar á mi hija Goda la demanda de Heiden y mi voluntad y la de mis amigos, he observado su virginal pudor y notable confusion.» En julio del siguiente año se verificó en Neuhaus la boda cuyos gastos pagó el tio de la novia, el obispo Teodoro de Furstenberg: «El novio, acompañado de numerosos amigos de ambos sexos, llegó por la tarde, y ántes de cenar se verificó el casamiento; la cama se dispuso en la sala grande y despues comenzó una cena digna de príncipes.» El día siguiente «los *patres societatis Jesu* representaron una magnífica *comediam, Ester*; no se hizo otra cosa que comer, beber y bailar con grande alegría. Se entregó á mi hija la novia su dote y además S. E. el Príncipe (el tio-obispo) y el conde Simon de Lippe le regalaron preciosas joyas de todas clases.» Es digno de notar que á pesar de su cualidad de católico el noble westfaliano no tuviera escrúpulo en dar su hija en matrimonio á un protestante. No obstante, esto le cuesta un suspiro. «Mi hija, la candorosa Goda, dice, está casada con el hidalgo Bernardo de Heiden, *utinam esset catholicus*.» Con frecuencia se encuentra en el diario la nota: «Estamos alegres y nos divertimos.» Segun la costumbre de la época, una casa como la del baron de Furstenberg debía poseer un tesoro en objetos de plata, y en verdad, en 1591, el peso de la que poseía el noble Gaspar era de 28 libras, cuyo valor ascendia á 11,000 thalers, cantidad muy considerable en aquella época, con la mitad de la cual se hubiera podido comprar en Colonia ó Maguncia la casa más hermosa con su jardín correspondiente. Algunos años despues Furstenberg empezó la construccion del castillo de Schnellenberg cerca de Attendorn, que destinaba



UNA CACERÍA REAL EN EL SIGLO XVII

para sus solaces y que fué terminado por su hijo y heredero Federico. Este castillo puede presentarse como modelo de una mansion señorial en la época de tránsito del siglo xvi al xvii.

Por sus rasgos principales el viejo castillo de Stuttgart es aún hoy el tipo de los castillos de la segunda mitad del siglo xvi. Su construcción terminó en 1570. Sus principales dependencias eran, en el piso bajo del edificio y mirando al Sudeste, un gran vestíbulo llamado Turnitz, de 136 piés de largo por 31 de ancho: este vestíbulo servía de comedor á la servidumbre; pero en las grandes festividades se convertía en escenario de espectáculos y fiestas. En el piso superior estaba situada «la cámara de los caballeros,» es decir, el estudio, la sala de audiencia y el comedor del duque, y encima de «la cámara de los caballeros,» se hallaba la habitación de la duquesa y de su servidumbre, habitación compuesta de salas y estancias cómodas y retiradas. En la parte septentrional estaba la cocina y un salón para banquetes y bailes; en la meridional se había construido la capilla. Las paredes de las salas y de las habitaciones particulares de los duques estaban cubiertas de colgaduras de seda ó lana en las que se hallaban representadas escenas bíblicas. Frente á la fachada septentrional del palacio se extendía el «paraíso;» así se llamaba el parque artísticamente plantado y cuidadosamente cultivado, el cual poseía el primer naranjal de Alemania. Tampoco faltaba un jardín zoológico provisto de toda clase de cuadrúpedos y aves; y en esta residencia de príncipes existían, como es consiguiente, espaciosas caballerizas y una soberbia armería.

La vida trascurre en tales castillos durante el siglo xvi del propio modo que en las mansiones señoriales de los hidalgos campesinos ricos, bien que con mayor ostentación. Existía la costumbre de dar á los príncipes una educación teológica semi-docta; se les mandaba con sus ayos á las universidades, y después á viajar para que perfeccionasen su educación, visitando muy especialmente la corte imperial de Viena. Mas tarde por desgracia, París vino á ser la ciudad favorita de los príncipes alemanes, que desde allí importaron aquella «galantería» (también podría llamarse licencia) que prevalecía en la corte francesa.

Poca atención se fijaba en aquella época en la educación intelectual de una princesa alemana, pues ante todo se exigía de ella que fuera una buena ama de casa, inteligente, hábil y laboriosa, ó por mejor decir, una excelente administradora. Bastaba pues que supiera leer y escribir, algo de cuentas, un poco de geografía y mucho de catecismo. Excepcionalmente se daba el caso de que las hijas de príncipes y grandes señores recibieran una instrucción superior, que en este caso estaba basada en el conocimiento de la lengua latina. Así resulta del número no escaso de mujeres que en la época de la Reforma se ocupaban, en mayor ó menor escala, de asuntos religiosos y políticos: por ejemplo, la reina María de Hungría, hermana de Carlos V, estaba en correspondencia con Lutero; las duquesas Catalina de Sajonia, é Isabel de Brunswick, la princesa Margarita de Anhalt, las electoras Sibila y Ana de Sajonia é Isabel de Brandenburgo, varias mujeres de las casas condales de Stolberg y de Mansfeld, la docta baronesa Arbula de Grumbach á cuyo consejo enérgico debe atribuirse quizás la resolución de Lutero de casarse, y por último las dos plebeyas Catalina Junker de Eger y Magdalena Haymer de Ratisbona, estas dos últimas entusiastas defensoras de la Reforma por medio de cantos y cartas públicas, se dedicaron muy especialmente á los asuntos de esta índole.

El tono empleado en la conversación de las familias nobles era muy mesurado. El «tú»

afectuoso se usaba en los coloquios, pero no en las cartas. La fórmula más usada en las epístolas entre los esposos soberanos era la de «Vuestra Excelencia.» Los príncipes y princesas no se atrevían á escribir al padre ó la madre de otro modo que usando la de «Vuestra Gracia» ó la de «Gracioso Señor Padre» y «Graciosa Señora Madre.» La palabra «Bugle» (amante) se usaba en aquel tiempo sin trascendencia alguna y sólo en el sentido de amigo y amiga, ó bien entre hermanos. Con la misma ingenuidad se llamaba á una muchacha, aunque fuese hija de un príncipe, «ein Menseh» (1). Desconocíase á la sazón la coquetería y el disimulo mal entendidos y nadie vacilaba en dar á las cosas su verdadero nombre, aún en la sociedad más escogida, que ni siquiera trataba de contener la risa ante las manifestaciones, por lo regular algo groseras, del carácter popular. La despreocupación con que las princesas de aquella época trataban en sus correspondencias de los asuntos del matrimonio, parecería algo rara á las princesas de nuestro tiempo.

En el siglo xvi los matrimonios de los príncipes basábanse por lo regular en nuestro país en principios morales, aunque en algunos casos particulares aconteciesen escandalosos hechos. Un afecto sincero, íntimo y recíproco, una fidelidad bien entendida, no eran cosas raras en los matrimonios ilustres; el escándalo de sostener queridas no se había importado aún á nuestra patria como tantas otras cosas que nos llegaron de la corte de Francia, aunque por desgracia en el siglo xvii también esta mala costumbre invadió las cortes de Alemania. Los príncipes que se enamoraban de doncellas plebeyas no retrocedían ante un matrimonio desigual; el duque Guillermo de Baviera se casó con la hermosa María Pettenbeck, el archiduque Fernando de Austria con Felipina Welser, bella hija de Augsburgo cuyo cutis era tan delicado que al beber vino el color rojo se trasparentaba en él. No obstante también en el siglo xvii se efectuaban matrimonios de esta clase: el duque Rodolfo Augusto de Brunswick-Luneburgo se desposó en 1681, con Isabel Rosina Menthe, hija de un barbero, y el príncipe Leopoldo de Anhalt-Dessau, en 1698, con Ana Luisa, hija del boticario Fohse.

Los matrimonios entre príncipes y princesas ya entonces eran excepcionalmente fruto de un amor sincero: por lo regular se reducían á negocios de familia ó de Estado que se efectuaban con todo estudio, se discutían en sus menores detalles y se resolvían por medio de contratos matrimoniales, en los que se preveían todos los accidentes y circunstancias posibles. La dote ó «los bienes matrimoniales» que tenía que aportar la novia y el «regalo nupcial» que ofrecía el novio estaban estipulados del modo más gráfico. Los dotes de las primeras variaban de 20 á 40 mil florines, los regalos nupciales ó infantazgos de 4 á 5 mil florines anuales. Era muy raro que una dote ascendiera á 70 mil talers imperiales, como la de la princesa Ana, hija del elector Mauricio de Sajonia, que se casó con Guillermo de Orange, el «Taciturno» y después de un matrimonio muy infeliz murió del *delirium tremens*. Los novios ó sus consejeros y encargados de arreglar el matrimonio, fijaban también su atención en que las novias estuvieran bien provistas de vestidos, ropa blanca y sobre todo de joyas. Convenido ya todo, se celebraban en solemne audiencia los esponsales, en cuya ocasión suplía al novio un representante. Delante de la corte reunida, el padre dirigía á la hija la pregunta de si con todo el corazón quería aceptar

(1) La palabra *Menseh* significa en alemán, con el artículo masculino el hombre, con el artículo neutro la mujer atolondrada, ó por mejor decir, disoluta. Es muy difícil dar su verdadero sentido á estas palabras en la traducción. (N. del T.)